

ladora, como la lava de un volcan, por todo Madrid. Allí estaba el capitán Hidalgo, quien habiendo encontrado dentro á un señor oficial, conocido entre los artilleros por sus ideas republicanas, le apostrofó en tal concepto para que se uniese al movimiento; pero aquel oficial le contestó, parodiando á Duguesclin, "que él no se pronunciaba; pero entregaba armas al pueblo."

Ya tenia el pueblo armas. ¿Qué hacia, entre tanto, el general Pierrad? ¿Qué hacian los demás jefes militares y civiles de la democracia y del progreso? ¿Dónde estaban las cuarenta piezas de artillería; dónde los batallones y escuadrones insurrectos? De los 1,300 hombres acuartelados en San Gil, solo unos quinientos salieron á la calle, para desparramarse mezclados con el paisanaje, en grupos más ó menos numerosos, é ir á ocupar diferentes barricadas y puntos estratégicos, cual si se tratara de tomar la capital. Los restantes quedaron dentro del cuartel, hostilizados ya desde las primeras horas de la mañana por las fuerzas de la montaña del Príncipe Pio. Pierrad, con crecido número de insurrectos, marchó á tomar posesion de la plaza de Santo Domingo, que convirtió en una fortaleza, extendiendo sus avanzadas por las calles de San Bernardo, Silva, Jacometrezo y Preciados, mientras otros caudillos se apoderaban de la plaza de San Ildefonso, como clave de los barrios altos, é Hidalgo permanecia en la plaza de San Marcial atendiendo á sus diferentes avenidas. En las calles de Toledo, Segovia y otras, cuyo centro de operaciones era la plazuela de la Cebada, dirigia el movimiento D. Manuel Becerra. De las veintiocho piezas útiles que habia en San Gil solo algunas salieron para ir á guarnecer barricadas, y una ó dos, mal servidas, se presentaron en la puerta del Sol, que era el punto más importante, para ser tomadas por la guardia del Principal, que rechazó á sus defensores. Ni el regimiento de artillería acuartelado junto al Retiro, ni los de infantería del Príncipe y de Asturias, ni el de Búrgos, ni los demás cuerpos comprometidos, ni las fuerzas acantonadas en Alcalá dieron un solo hombre á la revolucion, y esta fué vencida, porque debia serlo; porque nació muerta. El primitivo plan, bien concebido para dar un golpe sobre seguro, se habia bastardeado, saliendo á luz un miserable aborto, y convirtiéndose en una de esas inícuas y sangrientas luchas en las calles, tan estériles en buenos resultados, como costosas para los pueblos.

XII.

No vamos á describir punto por punto la terrible batalla dada en las calles de Madrid el 22 de Junio de 1866: ¿quién puede conocer todos los pormenores de aquella desastrosa jornada? Únicamente referiremos los episodios mas notables del cruento drama, cuyo desenlace debió ser desde luego previsto por sus principales actores.

Sorprendido en la cama el Duque de Tetuan por el aviso de la insurreccion, levantóse al momento, y mientras se vestia el uniforme, dió diferentes órdenes indicando los puntos á donde debian acudir los cuerpos de la guarnicion, y mandando por medio del telégrafo que se concentraran en Madrid la division de Alcalá de Henares y los batallones acantonados en Leganés y en el Pardo. Al mismo tiempo hizo pasar recado al Duque de la Torre, al Marqués del Duero y otros generales; y sin saber aun quién estaba al frente de los insurrectos, ni las fuerzas de que disponian; nada seguro de la fidelidad de las tropas, y fiado solo en su serenidad y en su buena estrella, salió del palacio de Buenavista, montó á caballo, y acompañado del coronel Cortés y de algunos oficiales y ordenanzas, marchó pausadamente hácia la Puerta del Sol. Al llegar frente á la calle del Barquillo, se detuvo viendo al general Serrano, que, solo y á pié, bajaba por ella en direccion á la de Alcalá. Los dos generales conferenciaron allí por breves momentos: á O'Donnell le inquietaba la tardanza en presentársele el regimiento de artillería del Retiro: Serrano se encargó de ir á buscarlo, y montando en el caballo del coronel Cortés, partió á galope hácia el Prado. El Duque de Tetuan, seguido de su pequeña escolta, continuó la marcha en direccion á la Puerta del Sol, donde comenzaban á oirse descargas de fusilería y artillería.

El general O'Donnell permaneció en lo alto de la calle de Alcalá, hasta tanto que llegó á la misma alguna fuerza de Ingenieros: entonces, y habiendo sido rechazados los insurrectos que atacaron al Principal, cruzó la plaza sin más acompañamiento que su escolta, y fué á situarse en la acera que hay delante del Ministerio de la Gobernacion, donde á cada momento recibia noticias del número creciente de los sublevados y de los puntos que ocupaban, y expedia órdenes ó las dictaba personal-

mente á los varios generales y jefes que sucesivamente se le iban presentando. Inquietándole sobre todo la idea de que los artilleros de San Gil pudieran organizar un ataque sério contra Palacio, desde luego había encargado al general Marqués del Duero que hiciera lo posible para contenerlos, poniéndose al frente de la caballería y de un batallon de cazadores que habia en el cuartel de Guardias, y hostilizándolos por la parte del Norte y calle de los Reyes, en tanto que se reunian otras fuerzas para atacarles por el lado de Caballerizas.

No tardó en regresar el Duque de la Torre, cuya presencia en el cuartel del Retiro habia sido sumamente oportuna; pues el regimiento de Artillería de plaza, que estaba á punto de sublevarse, oyó su voz y se dispuso inmediatamente á seguirle. Otros cuerpos del Ejército, entre ellos el regimiento de Búrgos, iban llegando, con lo que pudo ya organizarse un plan de ataque y defensa, estacionando algunas fuerzas en la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, para dejar expeditas las comunicaciones con el Prado, y poniendo á las órdenes del Conde de Paredes una columna, que marchó á defender las avenidas de Palacio.

La insurreccion se habia extendido, entre tanto, por muchas calles y plazas del Norte y Sur de Madrid, tomando los sublevados varias casas y construyendo barricadas, cual si todo su plan de guerra consistiese en prepararse á verter sangre inútilmente y á morir matando; pero el general O'Donnell, más avisado que los jefes del movimiento, y acaso tambien más sereno, apenas se cuidaba de ellos, absorbiendo toda su atencion los cuarteles de San Gil y de la Montaña, y la division de Alcalá de Henares, que no venia; de modo que cuando esta apareció, desembocando en la Puerta del Sol, notóse en su semblante, hasta entonces visiblemente frio y reservado, una viva emocion de contento.

El general Serrano, que aquel dia prestó los más activos y eficaces servicios al Gobierno, se brindó á ir á la montaña del Príncipe Pio; y admitida su oferta, partió por la calle del Arenal, acompañado del coronel Cortés y de dos ordenanzas, atravesando el fuego que desde algunas de las calles confinantes á la derecha le hicieron los insurrectos: al pasar por delante de la de la Bola, le dispararon un cañonazo, en cuya humareada quedó envuelto, así como los demás que le seguian; pero felizmente no tocó á ninguno, y cruzando la plaza de Oriente, marcharon á escape hácia la cuesta de la Vega. Quiso probar el Duque de la Torre á subir al cuartel de la Montaña, entrando por la puerta de San Vicente; mas, al acercarse, la halló ocupada por cuatro piezas de artillería, y tuvo que retroceder, dando un largo ro-

deo, por el puente de Segovia y la orilla derecha de Manzanares, hasta llegar al pié de la montaña, repasando el rio por más arriba de San Antonio de la Florida. En la plaza del cuartel del Príncipe Pio hacian fuego algunas compañías; por lo cual y á fin de explorar el espíritu de aquellas tropas, se adelantó el coronel Cortés, trepando por los derrumbaderos y ocultándose con la maleza; y advertido el general por una seña de que podia acercarse, dejó el caballo, y siguió el mismo camino presentándose de improviso delante de los soldados.

Es indudable que los regimientos del Príncipe y de Asturias, á que pertenecian aquellas compañías, estaban comprometidos á tomar parte en la insurreccion, y en las primeras horas de la mañana habia habido un principio de alzamiento, que ocasionó alguna lucha entre las tropas de dichos cuerpos, yendo parte de ellas á reunirse con los artilleros: el coronel de Asturias habia conseguido reprimir la sedicion, obligando á sus soldados á combatir contra los insurrectos, pero no estaba completamente restablecida la disciplina en el cuartel de la Montaña, cuando sorprendió á todos la presencia inesperada del Duque de la Torre. Este general habló á los jefes, mandó juntar toda la fuerza, la entusiasmó con su actitud y sus palabras, dispuso que se repartiese vino á la tropa en su nombre y pagándolo de su bolsillo, y seguro de haber ganado las voluntades de los soldados, se decidió á llevar á cabo la difícil empresa de tomar el cuartel de San Gil. Este edificio, cuya planta forma un cuadrilongo, que se extiende en direccion Nordeste Sudoeste, no podia ser atacado de frente por su fachada, que mira á la plazuela de San Marcial, y es uno de sus lados mayores al Sudeste, por tener delante una larga manzana de casas, y solo era posible enfilarle en línea oblicua desde la calle de Bailén, que corre de Sur á Norte. El lado opuesto á la fachada, frontero al cuartel de la Montaña, carecia de puerta, teniendo en cambio muchas ventanas, desde las cuales podian sus defensores hacer un mortífero fuego de fusilería. De los dos lados menores, el del Nordeste era inaccesible por la interposicion de otros edificios; el del Sudoeste, que daba frente á un estrecho callejon, formado por sus muros y una tapia, tenia tambien grandes ventanas y una puerta cerrada. Contra esta puerta pensó el Duque de la Torre dirigir el ataque; pero antes de acercarse á ella, era necesario apagar los fuegos que desde las ventanas de la parte trasera y del costado Sudoeste hacian los insurrectos. Así lo dispuso aquel general, desplegando en guerrilla algunas compañías, que por su órden fueron apostadas detrás de los árboles de la montaña y entre las obras de unas casas que á la sazón se estaban construyendo en el bar-

rio de Argüelles, y encargando á cada pareja de soldados una de las ventanas, para que hicieran fuego sobre todas ellas al asomarse algun artillero.

Establecido así el cerco por aquellos dos lados del edificio, y en tanto que el Marqués del Duero bloqueaba á sus defensores (no pudiendo hacer otra cosa) por la parte Nordeste, partió el general Serrano á comunicar su plan de ataque al Duque de Tetuan, y á fin de concertar con él los medios de vigorizar el fuego que se hacia sobre el frente del cuartel de San Gil. Conociendo el general O'Donnell la importancia de dominar este punto, verdadera fortaleza de los sublevados, en donde habia más de 800 hombres que peleaban con la furia de la desesperacion, aprobó desde luego el plan del Duque de la Torre, y marchó él mismo, acompañado de los generales Ros de Olano, Serrano Bedoya, Mayalde, Quesada y Conde de la Cañada, con algunas compañías de Búrgos y de Ciudad-Rodrigo, una de Ingenieros y cuatro piezas de artillería, yendo á situarse en la calle de Bailén, desde donde comenzó un vigoroso ataque al mencionado cuartel. Pero el valor y arrojo con que combatian estas fuerzas, y la inteligencia de los jefes que las mandaban eran contrarestados por el nutrido fuego que los sublevados hacian desde las ventanas del frente de aquel edificio, no menos que por su posicion dominante y por las desventajosas condiciones topográficas, que solo de soslayo permitian enfilear los cañones: así es que allí tuvo el Ejército muchas bajas, siendo heridos bastantes oficiales y dos generales, y perdiendo algunos sus caballos. El Duque de Valencia, que estuvo en aquel punto durante un breve rato, recibió una herida leve ó contusion en la espalda, y se retiró luego á Palacio, permaneciendo al lado de la Reina hasta muy entrada de la tarde.

Serian las diez de la mañana cuando el general O'Donnell por una parte, y el Marqués del Duero, con el batallon cazadores de Figueras y alguna caballería, por otra, emprendieron el ataque del cuartel de San Gil. En aquellos momentos se hallaba ya muy empeñada la lucha, y tronaba el cañon en muchos puntos de la capital. El Duque de la Torre volvió á ponerse al frente de los regimientos del Príncipe y de Astúrias, decidido á entrar en el cuartel á toda costa; pero antes de poner por obra esta suprema resolucion, intimó á los sitiados la órden de rendirse, á la que contestaron diciendo que preferian morir á entregarse. Como el general tenia bien tomadas sus disposiciones para apagar los fuegos de las ventanas, envió entonces una seccion de zapadores á derribar la puerta que daba al callejon del Sudoeste, y preparó el grueso de las fuerzas para marchar al asalto. Al aperebirse de esto los sublevados, se agolparon á todas las ventanas haciendo un fuego mortífero

sobre los zapadores; pero las descargas de la tropa oculta entre los árboles del bosque les obligaron á retirarse. La puerta cedió al fin, y el general Serrano con su gente penetró por ella. Los insurrectos se replegaron al piso bajo del cuartel, y allí comenzó un combate horroroso, indescriptible: soldados con soldados, españoles con españoles se batieron furiosamente como implacables enemigos, empleando á un tiempo las armas de fuego, la bayoneta y el machete. Arrollados los artilleros por la infantería, continuó luego la impía y sangrienta refriega de piso en piso, hasta llegar á las buhardillas. Hubo allí muchas víctimas; multitud de muertos y heridos, mucha sangre vertida: los sublevados se rindieron, quedando en poder de las tropas del Gobierno unos setecientos prisioneros.

Tomado el cuartel de San Gil, la insurreccion habia recibido un golpe de muerte. El general O'Donnell corrió á encontrarse con el Duque de la Torre, y le abrazó entusiasmado. Eran las once de la mañana: tratóse entonces de sofocar el levantamiento en todo el interior de Madrid, enviando varias columnas contra las barricadas, donde, al decir de un escritor republicano, habia quizá ocho mil combatientes armados. ¡Ocho mil combatientes! ¡Para qué? ¡Para defender barricadas! ¡Para dar y recibir inútilmente la muerte, poniendo en consternacion á todo un gran pueblo, llevando el luto y la desolacion al seno de infinidad de familias! Aquella muchedumbre armada habia peleado toda la mañana contra fuerzas insignificantes. En la zona del Norte de Madrid capitaneaban á los numerosos grupos de artilleros y paisanos el general Pierrad y otros militares, los demócratas Castelar y Carrascon, los progresistas Rubio, Sagasta y otros muchos, á cual más inteligente y decidido. Tenian cañones y fusiles: tenian valor y arrojo. ¿Qué aguardaban allí? La fortaleza artillada de la plazuela de Santo Domingo fué desde muy temprano puesta á raya por un par de piezas, enviadas oportunamente por el general O'Donnell: algunos destacamentos situados en las calles Mayor, del Arenal y de Alcalá, habian bastado para cortar las comunicaciones del Norte con el Sur. En las calles de Toledo y del Duque de Alba, los sublevados se tiroteaban con la Guardia veterana, posesionada de algunas casas: las plazas de la Cebada y de San Millan tenian tambien multitud de defensores, que por muchas horas pudieron comunicarse, sin ser molestados, con los que habia en la del Progreso y en la de Anton Martin, donde estaban los republicanos Rivero y Martos, Guisasola y Nougues, Capilla y otros, que esperaban se les uniesen las tropas del cuartel de Santa Isabel, y que habian sido recibidos á tiros por ellas, muriendo allí el desgraciado Capilla.

El Duque de Tetuan, procediendo con mucho acierto, determinó combatir la insurrección por partes, atacándola primero en toda la zona del Norte, y después en la del Mediodía. El ataque había de ser simultáneo en todos los puntos ocupados de la primera zona; y al efecto, dispuestas las columnas á la una de la tarde, confiése su dirección á los generales Duque de la Torre y Marqués del Duero, secundados por los tenientes generales Marqués de la Habana, Quesada, Echagüe y Barrenechea. El Marqués de Novaliches, con los mariscales de campo Planas y Vega, mandando parte de las tropas que habían llegado de Alcalá, estaban encargados de cortar las comunicaciones de los sublevados con la zona del Sur, arrojándolos al mismo tiempo, como lo hicieron, de sus posiciones avanzadas.

Este plan combinado se llevó á efecto con gran rapidez y decisión, comenzando el ataque por la plaza de Santo Domingo, donde los insurrectos, en número considerable, hicieron una obstinada resistencia, costando mucha sangre desalojarles de sus fuertes posiciones: mientras duró el fuego de fusilería y de cañon, se mantuvieron firmes, arrostrando impávidos los proyectiles y la metralla, que llegó á cruzarse de una á otra parte á tiro de pistola; pero cuando al toque de ataque avanzaron las tropas á la bayoneta, el paisanaje indisciplinado perdió la serenidad, y huyó despavorido, arrojando algunos los fusiles, marchando otros á reforzar las barricadas que había en la calle de San Bernardo, y dispersándose los más por las estrechas calles inmediatas.

No menos obstinada y sangrienta fué la lucha en la ancha calle de San Bernardo, cortada en frente de la de la Luna por una gran barricada, y más arriba por otra, contra la cual se batían las tropas mandadas por el Marqués del Duero sin poder ganar terreno: ambas estaban defendidas por piezas de artillería, y apoyadas por crecido número de tiradores, que desde las casas contiguas hacían un nutrido fuego. Contra la primera hizo avanzar el Duque de la Torre sus batallones, que la tomaron en breves momentos, no sin dejar la calle sembrada de muertos y heridos, arrollando á los sublevados, que se refugiaron en una casa de la calle de Panaderos, donde casi todos cayeron prisioneros. La segunda quedó á poco en poder de las tropas del Gobierno; y juntándose entonces los dos generales, Serrano y Concha (D. Manuel), continuaron sus operaciones por los barrios altos en dirección á la plazuela de San Ildefonso, á donde confluían otras fuerzas por el opuesto lado.

A las tres de la tarde, la revolución estaba completamente sofocada en la zona del Norte. Faltaba solo combatirla en los barrios del Sur, y para ello partieron de

la Puerta del Sol varias columnas, que dirigiéndose por las calles de Atocha y de las Urosas á la plaza de Anton Martin, y por las de Toledo y Segovia, debian, arrollando al paso cuantos obstáculos encontraran, confluir todas en la plazuela de la Cebada, centro de operaciones de los insurrectos. El batallon cazadores de Arapiles fué el primero que llegó á este punto, siendo diezmado por una granizada de balas, que partió simultáneamente de todas las casillas y puestos de verdura, en que se hallaban ocultos muchos paisanos de aquellos barrios. Furiosos los cazadores se lanzaron sobre sus contrarios, haciendo en ellos espantosa riza, y sacando á algunos de entre las casillas ensartados en las bayonetas.

A las ocho de la noche todo habia concluido. Madrid presentaba el aspecto lúgubre y solemne de un campamento después de un dia de batalla. Todas las casas fueron iluminadas, obedeciendo á una orden del Capitan general; pero no transitaba nadie por las calles, y el silencio era solo interrumpido por el *alerta* de los centinelas, que de trecho en trecho, y de esquina en esquina, se iba repitiendo por todos los ámbitos de la villa. Unicamente se oyeron tiros en una casa de la calle de Jacometrezo, esquina á la del Olivo, donde algunos paisanos y artilleros, mandados por el brigadier retirado, señor Nuñez de Lara, intentaron hacer un desesperado esfuerzo; pero á las once de la noche, una compañía de Ingenieros penetró en la casa, y los hizo á todos prisioneros, cogiendo allí además el estandarte del 4.º regimiento montado de Artillería.

“Prolijo seria, dice un republicano socialista, enumerar los rasgos de valor que en todas partes señalaron como memorable esa jornada de desolacion y de luto. Inútil alarde de heroismo, sacrificio sin objeto, que el pueblo ha olvidado por fortuna de aquellos que habian adquirido gravísimos compromisos arrastrándole á la pelea, compromisos que eludieron en el momento crítico, dejando los unos de presentarse, retrayéndose otros, mostrando poca energía, poca actividad y gran torpeza, ó huyendo cobardes algunos otros ¹.”

Gran responsabilidad pesa, en efecto, sobre los que impusieron al pueblo un sacrificio sin objeto, arrastrándole á la pelea; sobre los que, contrariando los planes del jefe del movimiento, lo hicieron abortar, poniendo su direccion en manos inhábiles, y ocasionando una espantosa catástrofe donde habria sido fácil un triunfo incruento. “¡Viva PRIM! ¿Dónde está PRIM?,” gritaban alternativamente aquellos héroes de barricada, mientras se batian como leones, presentando sus pechos al

¹ GARRIDO: obra citada.

plomo homicida, ó dando la muerte á centenares de infelices soldados, que cumplan con su deber, pero que probablemente no hubieran hecho fuego contra ellos si hubiesen visto á PRIM. Pero el héroe de Castillejos no estaba ni podía estar allí; y en su lugar se presentaba á los sublevados de San Gil, cuando salian con las manos tintas en sangre y turbada la conciencia, un general desconocido, sin prestigio ni autoridad sobre ellos. A PRIM aguardaban los regimientos de la Montaña, y ver salir en orden las veintiocho piezas prometidas; y en su lugar ven llegar multitud de paisanos, y oyen gran tumulto y tiros y cañonazos en la plaza de San Marcial. A PRIM aguardaba tambien, y al frente de aquellas piezas, el jefe de la guardia del Principal; y solo ve presentarse un oficial, que acude azorado á prevenir al Gobierno, y dos ó tres cañones servidos por una turba indisciplinada y frenética. Todos, en fin, aguardaban al génio organizador, al rayo de la guerra; y nadie sabe dónde se halla, ni observa ninguna disposicion que revele su presencia, ni nada que presagie la seguridad del éxito. “Así, podemos repetir con el escritor arriba citado, fué horrible en aquellas circunstancias el abandono en que se encontraron los instrumentos dóciles de la ambicion de los aventureros, y lastimoso el cuadro que presentaba el pueblo después de la derrota.”

Razon tenia el general PRIM en decir: “La más completa reserva con el pueblo puede solo darnos buen resultado.” Conocia bien al Ejército, y no queria, ni quiso nunca, mandar paisanos para llevarlos al matadero. ¿Y quién ganó en definitiva la horrorosa batalla del 22 de Junio? Hoy solo sabemos que la perdió España: SEISCIENTAS OCHO bajas tuvo el Ejército ¹, y unas DOSCIENTAS se ha dicho que tuvieron los paisanos y militares sublevados; pero siendo estos los vencidos, sus pérdidas debieron ser, si no mayores, iguales á las de las fuerzas del Gobierno: esto sin contar las víctimas inocentes; que siempre las hay en esas luchas insensatas de las calles, que desdoran la civilizacion de nuestro siglo. ¡Cuántas desgracias! ¡Cuánto duelo!

Durante aquel dia de fratricida lucha, ocurrieron algunos incidentes indignos de pechos nobles, aunque propios de las execrables contiendas civiles. Aparte de las horribles matanzas del cuartel de San Gil, se cometieron otros actos criminales. Un grupo de artilleros y paisanos, que subia por la calle de Leganitos, se encontró con el comandante de artillería, D. Emilio Escario, que se dirigia al cuartel, y á quien

¹ Estas bajas, segun datos oficiales, fueron: *Muertos*, 5 jefes; 10 oficiales; 1 cadete; 64 individuos de tropa: total, 80.—*Heridos*, 3 generales; 1 brigadier; 8 jefes; 40 oficiales; 6 cadetes; 342 individuos de tropa: total, 400.—*Contusos*, 1 general; 1 brigadier; 7 jefes; 20 oficiales; 1 cadete; 98 de tropa: total, 128.—Bajas en todos conceptos, 608.

rodearon los insurrectos, queriendo obligarle á que diese un grito subversivo : negándose á ello aquel pundonoroso militar, le hicieron una descarga á quemarropa , dejándole muerto. El coronel de la misma arma, D. José Balanzat , fué cobardemente asesinado en la calle de Jacometrezo por otro grupo, que se hallaba en la estrecha calle de Hita, y que al pasar dicho jefe, se dirigió á él insultándole: trató el coronel de reconvenir á sus soldados ; pero uno de ellos le derribó de un tiro; un artillero de caballería la emprendió á estocadas con el caído, y otro de los de plaza le acabó de un balazo.

En la calle ancha de San Bernardo, las tropas del Gobierno se valieron de un ardid cobarde para tomar una barricada : presentóse una columna de ataque en aparente desorden, precedida de algunos que gritaban : *Viva la libertad, y viva PRIM*, hasta que llegando á corta distancia de los insurrectos, cayeron repentinamente sobre ellos, haciéndoles una descarga, que causó muchas víctimas.

Todos esos actos criminales repugnan necesariamente á la conciencia, y merecen la más severa reprobacion de cuantos abrigan sentimientos nobles y elevados.

XIII.

Como el alzamiento de Madrid no debia ser un hecho aislado, la conmocion se dejó sentir en algunos otros puntos de la Península, pero sin que en ninguna parte tuviese graves consecuencias. La plaza de San Sebastian debia sublevarse , para lo cual el general PRIM habia enviado delante de sí á un militar de alta graduacion, que sin duda, al ver precipitarse los sucesos, no hizo nada y se quedó en la frontera francesa. Llano y Pérsi, que, segun queda dicho, estaba en Valencia, corrió á Madrid, al saber lo ocurrido , y de allí marchó en busca del Conde de Reus, por si era tiempo de reparar de algun modo el desastre de la capital ; pero fué preso en Vitoria por la policia. Entre tanto, el general PRIM, viendo desbaratados sus planes, retrocedió, dirigiéndose á Perpiñan, para donde habia salido antes el brigadier Milans del Bosch, destinado á operar en Cataluña. El regimiento de infantería de Bailén, que estaba de guarnicion en Gerona, acababa de sublevarse obedeciendo á unos cuantos oficiales y á la clase de sarjentos, y conducido por su teniente más antiguo Don Juan Barrios, marchaba por las vertientes de los Pirineos en busca del briga-

dier Milans; pero este no habia acertado á encontrarle por error de un guia, y cuando PRIM mismo se acercó á la frontera, el regimiento, acosado por triplicadas fuerzas, tuvo que refugiarse en territorio francés, deponiendo las armas, y siendo internado á los depósitos de Metz y de Besanzon.

Los promovedores y principales caudillos del movimiento de Madrid se hallaban ocultos, cada cual donde le deparó la suerte. Pierrad, después de caer herido cerca del Hospital militar, se refugió en una casa, llamada la Casa del Duende; pero no pudiendo permanecer allí sin ser descubierto, pasó al palacio del Duque de Alba, y por último, á la legacion de los Estados-Unidos. Castelar, Martos, Cárlos Rubio, un cabo y un soldado de artillería muy comprometidos se acogieron en casa del secretario de dicha legacion, señor Perry, ó por mejor decir, al amparo de su esposa, la distinguida poetisa doña Carolina Conrado, que fué para ellos en aquella ocasion un ángel custodio: en la misma casa encontró tambien asilo el señor Becerra, después de haber estado algunos dias escondido primero en los barrios bajos, y luego en la embajada italiana, juntamente con los señores Aguirre, Sagasta, Massa Sanguineti y algun otro, todos los cuales se vieron obligados á buscar nuevo refugio, por no haber encontrado en aquella embajada la más cordial hospitalidad. El ministro belga, Conde de Vander Straeten, cubrió con el pabellon de su país al capitán Hidalgo, resistiendo cuanto pudo á las exigencias del Gobierno, que pretendia le fuese entregado. Don Nicolás Rivero estuvo oculto en casa de un personaje moderado; el señor Figueras huyó á uno de los pueblos inmediatos, aunque ningun procedimiento se intentó contra estos dos demócratas; y los demás que se creian en peligro procuraron sustraerse á las pesquisas de los agentes de la autoridad.

El dia 23 de Junio fueron declarados en estado de sitio Madrid y su distrito militar: la policia invadió las redacciones de los cuatro periódicos progresistas y de los tres democráticos que se publicaban en la capital, y habiéndose incautado de varios documentos, cerró las puertas de aquellas, y de sus administraciones é imprentas, sellándolas con lacre y llevándose las llaves.

Los tribunales militares habian comenzado á funcionar con gran actividad, y el 24 de Junio fueron ya condenados por consejo de guerra á ser pasados por las armas *veintiun* sarjentos. Los corifeos de la revolucion, á pesar del peligro que ellos mismos corrian, se reunieron la noche de aquel dia en una casa de la calle de San Jorge, y trataron sériamente de promover un tumulto para impedir la ejecucion de aquellos infelices, que estaba señalada para la mañana del 25; pero, conociendo que

serian estériles sus esfuerzos, desistieron de llevar á cabo tan descabellado intento, y los 21 sentenciados sufrieron la terrible pena que les habia impuesto la justicia humana. El Gobierno desplegó en este tremendo acto un aparato militar inusitado. Cuando los reos pasaban por la calle de Alcalá, en donde vivia el secretario de la legacion de los Estados-Unidos, y los refugiados en ella oyeron el lúgubre sonido de los clarines que anunciaban la marcha de los sarjentos al suplicio, Cárlos Rubio no pudo contenerse; y poseido de una exaltacion violentísima, se precipitó á la puerta de la escalera gritando: "que iba á cumplir con su deber; que iba á presentarse al Gobierno, y á decirle que aquellos infelices eran inocentes; que los culpables eran ellos, los que todo lo habian iniciado y dirigido; y que, si no podia salvarlos, queria morir con ellos." Noble arranque de generoso ardimiento, propio de aquel jóven digno de mejor suerte. Fué muy difícil impedir que Rubio se lanzase á la calle, á donde le arrastraban sus sentimientos de humanidad y de justicia; pues en efecto, si aquellos desdichados no eran inocentes, otros más culpables que ellos les habian arrastrado á un fin funesto.

A las primeras víctimas siguieron otras y otras: el 28 de Junio tocó la dura suerte á seis soldados del regimiento infanteria del Príncipe; diez y seis cabos y tres soldados de artillería sucumbieron el 2 de Julio, y el 7 de este mes fueron sacrificados doce sarjentos más, un antiguo coronel carlista y un paisano, ascendiendo entre todos á *sesenta* el número de los fusilados.

El Gobierno, que habia ganado la batalla en las calles, la perdía en los consejos de guerra, y el Trono mismo, por una fatalidad ineludible, iba á quedar aislado en medio de un lago de sangre. ¡ Cosa singular! Nadie queria para sí la odiosidad de aquellos fusilamientos, y á todos repugnaba el espectáculo de tan severos castigos, que no podian subsanar los males causados, ni servir de escarmiento, ni enfrenar las iras de la revolucion. El consejo de guerra los imponia cumpliendo estrictamente los preceptos de la Ordenanza; el Capitan general aprobaba las sentencias y disponia su ejecucion; el poder supremo presenciaba estos hechos inexorable, pero no impasible. Los amigos del general O'Donnell ponian empeño en atribuir á una voluntad soberana tanto rigor con los vencidos; los que rodeaban á la Reina echaban sobre O'Donnell y su partido la responsabilidad de la sangre derramada.

Por fin, *La Gaceta* del 8 de Julio publicó un decreto indultando de la pena de muerte á ciento diez y ocho individuos de tropa, y conmutándosela por la de diez años de presidio con retencion en los de Ultramar: tardia clemencia, insuficiente y